



## Una flotilla masiva como síntoma: ¿qué se está moviendo en Occidente?

---

CARMEN PAREJO :: 09/09/2025

La creciente solidaridad con el pueblo palestino demuestra que las estrategias de propaganda y chantaje diplomático del régimen de Netanyahu ya no están surtiendo el mismo efecto

Llevamos casi dos años de genocidio televisado en Gaza. El Ministerio de Salud palestino informa de más de 64.000 muertos, incluyendo trabajadores sanitarios y periodistas, mientras que otros estudios independientes sitúan la cifra entre 70.000 y más de 80.000, cuando se consideran muertes indirectas por inanición o colapso sanitario.

A plena luz del día, se bombardean hospitales, escuelas, se ejecuta a civiles y se impide el acceso de ayuda humanitaria. La hambruna se emplea como herramienta de guerra: se destruyen rutas de suministro, se mata a quienes intentan repartir o recoger alimentos y se bloquean las fronteras. El derecho internacional tipifica estos actos como crímenes de guerra y genocidio, pero el régimen israelí ha convertido esos criterios en su hoja de ruta.

No es nuevo: son 70 años de limpieza étnica en Palestina. Pero hoy todo se desarrolla en vivo, con cámaras y pantallas que muestran mutilaciones, niños muertos, hospitales pulverizados. El rasgo que define este momento histórico no es la violencia -que siempre estuvo- sino la impunidad exhibida sin pudor alguno.

Para entender esa impunidad, es imprescindible recordar que Israel es, sobre todo, una base de operaciones occidental en Oriente Medio, construida sobre un proyecto colonial. El sionismo, como ideología política, nunca logró ser mayoritario entre los judíos; de hecho, durante décadas fue fuertemente cuestionado por las propias comunidades judías, tanto religiosas como asimiladas en sus países de origen.

Solo en medio del dolor extremo, tras la catástrofe del holocausto, las potencias coloniales vieron una oportunidad, usando ese sufrimiento como coartada, para instalar un enclave funcional a sus intereses. La versión más cínica de un antisemitismo histórico: expulsar a los judíos europeos para usarlos según sus propios fines estratégicos. Primero fue el Imperio británico, que en 1917 firmó la Declaración Balfour prometiendo a los sionistas un "hogar nacional" en Palestina, ignorando deliberadamente a sus habitantes nativos.

Más tarde fue EEUU el que tomó el relevo, garantizando financiación, armas, impunidad diplomática y cobertura mediática. En ese sentido, debemos tener claro que Israel no es un actor autónomo, sino un proyecto tutelado y armado por las potencias que necesitan controlar la región: su ubicación estratégica, su industria militar y su rol en la vigilancia regional explican por qué se le permite hacer lo que a otros les costaría sanciones y bombardeos. Israel es el perro de presa del imperialismo en una zona clave para los recursos, la logística y la resistencia global.

En este contexto, la Global Sumud Flotilla, que navega estos días rumbo a Gaza, no es un gesto aislado ni una improvisación reciente. Es la continuidad de una iniciativa que comenzó en 2008, apenas dos años después de que Israel impusiera su asfixiante bloqueo sobre la Franja como un castigo colectivo contra el pueblo que había votado a Hamás en las elecciones de 2006.

Desde entonces, varias flotillas han zarpado desafiando el cerco marítimo, incluyendo a la que integraba la embarcación turca Mavi Marmara que, en 2010, fue atacada por comandos israelíes que asesinaron a diez activistas en aguas internacionales. Hoy, en 2025, se organiza la más numerosa de estas misiones, con embarcaciones procedentes de diversos puertos mediterráneos, e incluso con la participación de figuras conocidas.

Frente a ello, el ministro israelí de Seguridad Nacional, Itamar Ben Gvir, ha propuesto clasificar como "terroristas" a quienes integren estas embarcaciones, porque la creciente solidaridad con el pueblo palestino demuestra que sus estrategias de propaganda y chantaje diplomático ya no están surtiendo el mismo efecto y ahora directamente usan el miedo.

Esta ruptura con la narrativa occidental se refleja también en las calles, las universidades y los espacios deportivos. Lo vimos estos días, cuando la Vuelta Ciclista a España tuvo que detenerse tres kilómetros antes de la meta en Bilbao, debido a las protestas populares contra el genocidio y contra la participación de un equipo israelí.

"Esta etapa la ganó Palestina", titularon algunos medios españoles, antes de rectificar --probablemente por presiones-- lo que fue una evidencia política. Porque en medio de las faltas de sutileza que estamos viviendo, también cada vez más personas advierten lo insostenible del doble rasero occidental: Rusia fue excluida de competiciones internacionales no por estar en guerra --porque si ese fuera el criterio, EEUU y buena parte de Europa estarían fuera desde hace décadas--, sino por razones estrictamente geopolíticas.

Las mismas que hoy permiten que Israel, mientras perpetra un genocidio ante las cámaras, sea premiado en Eurovisión, en el deporte global y en cada escarapate institucional. No se trata de legalidad ni mucho menos de valores o principios sino de propaganda al servicio del poder, y el pueblo comienza a entenderlo. Comienza a ver quién es quién en el tablero.

Frente a ese despertar, aumenta la represión. El guionista Paul Laverty fue detenido en Reino Unido por llevar una camiseta contra el genocidio y está a la espera de juicio por "terrorismo". En EEUU, estudiantes y docentes son perseguidos, despedidos y criminalizados por solidarizarse con Palestina. Así se completa el mapa del horror: la barbarie en Gaza y la mordaza en Occidente como dos caras de una misma moneda.

Lo que estamos presenciando es mucho más que una sucesión de protestas: es el despertar de una conciencia internacional que ya no acepta ser cómplice y que poco a poco, parece comenzar a reconocer al enemigo.

La flotilla es solo una expresión más --visible y mediática-- de un hartazgo profundo que se expande por todo el planeta. En Génova, los estibadores han advertido: si perdemos el contacto con los barcos de la flotilla, bloquearemos Europa. Un aviso que resuena como eco de las luchas obreras del siglo XX, pero adaptado a la urgencia de hoy. Ya no hablamos solo

de derechos laborales, sino de conectarlo todo: un sistema que asesina en Gaza con las mismas manos que empobrecen y explotan en todo el planeta.

*"Cometimos todos los errores posibles": Israel empieza a admitir que su ofensiva en Gaza ha fracasado.*

La solidaridad con Palestina ya no es patrimonio exclusivo de activistas o militantes: es también la forma en que los pueblos expresan, sean conscientes o no, su rechazo a un orden internacional que viola sistemáticamente el derecho y la vida y cuyo relato, pleno de incoherencias, comienza a hacer aguas.

La flotilla no va a detener por sí sola el genocidio. Ni va a hacer temblar a Israel. Pero sí pone en jaque la retórica que lo sostiene y visibiliza la fractura entre unos gobiernos cómplices y unos pueblos que ya no quieren ser parte del crimen. Mostrando un abismo cada vez más profundo entre la impunidad institucionalizada y la dignidad que se organiza desde abajo. Mientras las élites occidentales se aferran a su criatura colonial en Oriente Medio, el pueblo impugna que no participará del exterminio.

Esa es la verdadera amenaza que representa la flotilla: no los barcos, sino el cuestionamiento creciente que golpea las puertas de casa y que en ella se refleja. Hoy, la línea roja la están comenzando a trazar los pueblos porque las élites occidentales han llegado a tal extremo que de lo que se trata ahora es de definirse ante la evidencia total de la barbarie.

*Actualidad RT*

---

<https://www.lahaine.org/mundo.php/una-flotilla-masiva-como-sintoma-que-se>